

Filosofía degenerativa de la historia: Pruebas aportadas por la investigación científica en las últimas décadas

Elías Capriles

Página Web: <http://www.webdelprofesor.ula.ve/humanidades/elicap/>

RESUMEN

La modernidad, con su mito del “progreso” como perfeccionamiento constante, ridiculizó la antigua visión degenerativa de la historia común a tradiciones asiáticas como el bön, el shivaísmo, el taoísmo, el zurvanismo y otras tradiciones relacionadas, y según todo indica a los cultos dionisiacos en Grecia —la cual, después de ser reimportada a Grecia desde Persia por Hesíodo, fue sostenida en su versión original por los estoicos y, según todo parece indicar, por los predecesores cínicos de éstos—.¹ Sin embargo, en las últimas dos o tres décadas, la visión degenerativa de la historia ha sido sustentada por los descubrimientos de la paleopatología, la etnoecología y la arqueología; en particular, la primera de dichas ciencias muestra que en la mayor parte del mundo no hay indicios de muertes por violencia ejercida por otros seres humanos antes del 4000 a.C., con excepción de unos pocos sitios en el valle del Nilo a partir del 12.000 a.C.—lo cual contradice la concepción de los hombres de la edad de piedra dándole garrotazos a las mujeres para llevarlas a su cueva y matándose entre sí por su posesión. Del mismo modo, la evidencia sugiere que la represión sexual, la represión de los niños, el dominio sobre las mujeres, y el poder político y económico de unos sobre otros surge aproximadamente en la misma época que la violencia interhumana. Todas estas cosas parecen aparecer originalmente en los desiertos del Norte de África y el Medio Oriente, así como en las regiones áridas del Cáucaso (aunque el presente autor no acepta el determinismo geográfico-climático del oscurantista reichiano James DeMeo). A medida que kurganes (actualmente conocidos como indoeuropeos), semitas y otros “saharasiáticos” conquistaron el resto de Eurasia y buena parte de África, los males se generalizaron por dichas regiones. Relativamente poco tiempo después surgieron fenómenos semejantes en América, comenzando por los desiertos mesoamericanos y del sur de Norteamérica, y las regiones áridas del actual Perú (donde el fenómeno más extremo se dio en los alrededores del lago de Titicaca, de donde irradiaron los conquistadores incaicos). La agresión contra el resto de los seres humanos y de la ecosfera se generalizó y agudizó progresivamente, hasta provocar la crisis ecológica que, según muchos científicos, si todo sigue como va podría ocasionar la desintegración de la sociedad humana antes de la mitad del presente siglo. Esta crisis representa la reducción al absurdo empírica del estado mental que provocó todos los males aquí reseñados, demostrando que el mismo adolece de un error que hace que no sea funcional, y exigiendo su superación. De la misma dependen la continuidad de la vida en el planeta y la restauración del orden primordial, de la no violencia, y así sucesivamente, rotos por el desarrollo del estado mental en cuestión. La tesis esencial de la ponencia es la que desarrollé en mi obra *Individuo, sociedad, ecosistema* (Consejo de Publicaciones de la ULA, 1994), que actualmente es corroborada por los resultados de las investigaciones ya mencionadas.

PONENCIA

1.- La tradicional visión degenerativa de la historia

La «filosofía perenne»,² común a místicos y filósofos no-dualistas de distintas épocas y civilizaciones, está caracterizada por una visión cíclica —circular o espiral— de la «evolución» y la historia humanas, a la que aplica el concepto de un «ciclo cósmico» o un «ciclo temporal» que comienza con una total plenitud y perfección, que —en términos del presente metarrelato (desarrollado más ampliamente en Capriles, 1994)— se pierde debido al desarrollo progresivo del error o la delusión fundamental que el Buda llamó *avidya* o ignorancia³ y que Heráclito designó como *lethe* u ocultación, el cual consiste en tomar la concepción de los contenidos abstraídos y tomados como objeto por la conciencia dualista y fragmentaria como algo absolutamente verdadero o falso (Capriles, 1994, 2000a, 2000b, 2007c, y varias ponencias y artículos):⁴ a medida que dicho error se desarrolla hacia su extremo lógico—contrariamente a la concepción de Hegel— hay cada vez menor verdad (en el sentido de mayor error o delusión) y menor completud (pues un foco de atención consciente cada vez aísla más herméticamente lo que abstrae en el continuo sensorio, dando lugar a la ilusión de aislamiento e independencia de lo percibido con respecto al resto del ecosistema y del universo en general).⁵

Las tradiciones que comparten dicha filosofía han dividido de distintas maneras el espectro ininterrumpido de la evolución de cada «ciclo cósmico», postulando esquemas que finalmente comprenden tres o cuatro edades que, según los lugares y las tradiciones, adquieren nombres diferentes. En el budismo tántrico, cada «ciclo cósmico» (*kalpa*) se divide en cuatro eras o edades (*yuga*), que se comparan con los dados de cuatro caras triangulares que se usaban para jugar en la India de la antigüedad: la primera de dichas edades, llamada *krityayuga* o era perfecta, es ilustrada por el lado del dado que exhibe el valor cuatro, que era el que constituía un “juego perfecto;” la misma también se llama *satyayuga* o era de la verdad en la medida en que en la misma no se había desarrollado significativamente el error que del error o la delusión fundamental que el Buda llamó *avidya* o ignorancia⁶ y que Heráclito designó como *lethe* u ocultación, de modo que en dicho término “verdad” (*satya*) tiene el sentido de la *aletheia* o *no-ocultación* heraclítica, que correspondería a lo que la enseñanza dzogchén llama *vidya* (tib. *rig-pa*) y que es aquello que los privativos *a* y *ma* niegan en los términos *avidya* y *ma-rig-pa*. La segunda, en la medida en que corresponde al segundo mejor juego, se llama “era de tres” o *tretayuga*. La tercera, en la medida en que es ilustrada por el juego inmediatamente inferior, se llama “era de dos” o *dwaparayuga*. Finalmente, la cuarta de las eras es la era de la oscuridad o era negra —el *kaliyuga*— pues es la que representa una mayor degeneración y se compara con el peor de los juegos posibles. Es también muy frecuente que la primera de las eras se designe como *satyayuga* o “era de la Verdad,” pues en términos del sentido de “Verdad” como ausencia del error que el Buda llamó *avidya* y que Heráclito designó como *lethe*, dicha era habría estado caracterizada por la Verdad. Por último, es también muy frecuente que el ciclo se divida en tres edades en vez de cuatro (esto no sólo en el budismo tántrico, sino también en algunas sectas heterodoxas del hinduismo), en cuyo caso éstas son: la era de la verdad o *satyayuga*, la era de la ley o *dharmayuga* y la era de la oscuridad o *kaliyuga*: en este caso la segunda de las eras se designa como “era de la Ley” porque si bien ya se ha perdido la patencia de la verdadera condición indivisa de nosotros mismos y de la totalidad del universo, todavía se conserva el respeto por la Ley cósmica que se deriva

de dicha patencia, tal como, luego de extraer una bolita de naftalina de una gaveta, todavía se conserva el olor de la misma (en términos de una estrofa del *Tao-te-ching* de Lao-tse, podría decirse que, una vez perdida (la patencia del Tao, se conserva su virtud). Por último, en el hinduismo es también frecuente que cada «ciclo cósmico» (*kalpa*) se divida en catorce *manvantara*, cada uno de los cuales se divide en cuatro eras o edades (*yuga*): el *kriyayuga* o *satyayuga*, el *tretayuga*, el *dwaparayuga* y el *kaliyuga*.

Los escritos del taoísmo en su totalidad —el *Tao-te-ching* de Lao-tse, el *Chuang-tse* y el *Lieh-tse*— implican también la visión cíclica, aunque nunca la expresan en términos de la sucesión de un número específico de edades con sus respectivos nombres. En particular, el *Wen-tzu*, atribuido a Lao-tse (1991, español 1994, cap. 172, pp. 245-7.), en vez de hablar de eras, habla de los períodos correspondientes a ciertos personajes de la antigua China:

Lao-tse dijo:

En una remota antigüedad, las personas auténticas respiraban yin y yang, y todos los seres vivientes admiraban su virtud, armonizando así de manera pacífica. En aquellos tiempos, el liderazgo estaba oculto, lo cual creaba de manera espontánea una simplicidad pura. La simplicidad pura no se había perdido todavía, de modo que la multitud de los seres se encontraba muy sosegada.

Más tarde, la sociedad se deterioró. Hacia la época de Fu-hsi, se produjo un florecimiento del esfuerzo deliberado; todo el mundo estaba a punto de abandonar su mente inocente y de comprender conscientemente el universo. Sus virtudes eran complejas y no estaban unificadas.

Al llegar la época en la que Shen-nung y Huang-ti gobernaban el país y elaboraban calendarios para armonizar el yin y el yang, todo el mundo se mantenía honrado y voluntariamente soportaba la carga de mirar y oír. Por ello, estaban en orden pero no en armonía.

Posteriormente, en la sociedad de los tiempos de la dinastía Shang-yin, la gente llegó a saborear y a desear cosas, y la inteligencia fue seducida por las cosas externas. La vida esencial perdió su realidad.

Al llegar la dinastía Chou, hemos diluido la pureza y perdido la simplicidad, apartándonos del Camino (*tao*) para idear artificialidades, actuando sobre la base de cualidades peligrosas. Han surgido los brotes de la astucia y del ardid; la erudición cínica se utiliza pretendiendo llegar a la sabiduría, el falso criticismo se utiliza para intimidar a las masas, la elaboración de la poesía y de la prosa se utiliza para conseguir fama y honor. Todo el mundo quiere emplear el conocimiento y la astucia para ser reconocido socialmente y pierde el fundamento de la fuente global; por ello, en la sociedad existen quienes pierden sus vidas naturales. Este deterioro ha sido un proceso gradual, que se ha estado produciendo durante largo tiempo.

Así, el aprendizaje de las personas completas consiste en hacer regresar su naturaleza esencial al no-ser y dejar flotar sus mentes en la amplitud. El aprendizaje de lo mundano elimina sus virtudes intrínsecas y reducen su naturaleza esencial; mientras que internamente se preocupa de su salud, utiliza acciones violentas para confundir acerca del nombre y del honor. Esto es algo que las personas completas no hacen.

Lo que elimina la virtud intrínseca es la autoconciencia; lo que reduce la naturaleza esencial es cortar su creatividad viva. Si las personas son completas, tienen la certeza sobre el significado de la muerte y de la vida y comprenden las pautas de la gloria y de la ignominia. Aunque el mundo entero los alabe, ello no les proporciona aliento añadido, y aunque el mundo entero los repudie, eso no los inhibe. Han alcanzado la clave del Camino (*tao*) esencial.

En el sufismo (la tradición mística que floreció en el Islam), la doctrina cíclica fue explicada en términos del mito judeocristianomusulmán del jardín del Edén y la «Caída de Adán». El sufí inglés Abu Bakr Siraj Ed-Din (1952/1970/1974) escribe:⁷

En todas las regiones del mundo la tradición nos cuenta de una edad cuando el hombre vivía en un Paraíso sobre la tierra. Pero aunque se dice que no había signos de corrupción sobre la faz de la tierra, se puede suponer, en vista de la Caída que siguió, que durante esta edad la perfecta naturaleza humana se había convertido en la base para una exaltación espiritual cada vez menor. Esto puede ser inferido de la historia de Adán y Eva, pues se dice que la creación de cada uno de ellos marcó fases diferentes por las que atravesó la humanidad en general durante esta edad. Se entiende que la creación de Adán y su adoración por los Ángeles se refiere a un período cuando el hombre nacía con el Conocimiento de la Verdad de la Certidumbre (que corresponde a la plena manifestación de la Naturaleza Divina). La creación de Eva se refiere, así, a un período posterior, cuando el hombre comenzó a nacer en posesión solamente del Ojo de la Certidumbre, o sea, en el estado de mera perfección humana: al comienzo Eva estaba contenida en Adán tal como la naturaleza humana está contenida en la Divina, y su existencia separada indica la existencia aparentemente separada de la perfecta naturaleza humana como una entidad en sí misma. Finalmente, la pérdida de esta perfección corresponde a la pérdida del Jardín del Edén, que marca el final de la Edad Primordial...

[El Corán (XX, 120) dice acerca de la tentación de Adán que indujo la Caída:] «Entonces Satán le susurró: ‘Oh, Adán, ¿te muestro el Árbol de la Inmortalidad y un reino que no se desvanece?’»...

...es en efecto evidente en la cita (del Corán en el párrafo anterior) que el Adán que cayó nunca había visto el verdadero Árbol de la Inmortalidad. (Hay un dicho sáfico, que muchos atribuyen al Profeta mismo: Antes del Adán que conocemos, Dios creó otros cien mil Adanes.) Pareciera, entonces, que la perfección de la humanidad al final mismo de la Edad primordial era como una perfección hereditaria, pues los hombres seguían naciendo con la armonía primordial en sus corazones después de que la causa de la armonía, el Ojo del Corazón, había cesado de ser suyo...

La doctrina hindú afirma que hay muchos grandes ciclos, cada uno constituido por cuatro edades; así, pues, el final de una Era de la Oscuridad es seguido por una nueva Edad de Oro. Según las perspectivas judía, cristiana e islámica, que consideran el tiempo casi exclusivamente en su aspecto ruinoso, el tiempo de vida total de la existencia de la tierra es comprimido en un solo ciclo, de modo que la ruina final en la etapa terminal de la era actual es por lo general identificada con la ruina final que se produce cuando acaba el mundo. Pero hay una fuerte tradición, sin embargo, en estas tres últimas religiones, de que el Mesías⁸ al venir reinará por un cierto tiempo sobre la tierra... y esto coincide con la creencia hindú de que Kalki (el que monta el caballo blanco), cuya venida marca el fin de la actual Era de la Oscuridad, inaugurará una nueva Edad de Oro.

Es bien sabido que el mito judeocristianomusulmán que tiene su fuente más antigua en el *Libro del Génesis* simboliza la caída de la raza humana por el relato según el cual Adán y Eva comieron el fruto del Árbol del Conocimiento, habría correspondido a la introducción del juicio. En alemán, este último se designa como *Urteil*, que etimológicamente significa «partición originaria»: fue el juicio el que hizo que los seres humanos se sintieran separados del resto del universo —incluyendo a los otros seres humanos— y que opusieran el bien al mal, el amor al odio y así sucesivamente, en una serie ilimitada de dualidades. En el Islam, fuentes sufíes interpretan esta ocurrencia como el inicio de un proceso de caída que se ha ido intensificando hasta nuestros días. En el cristianismo, muchos de los Padres

de la Iglesia y de los sabios cristianos en general han sostenido la misma interpretación. Clemente de Alejandría y Orígenes aceptan una visión circular del devenir similar a la que se expone en esta ponencia, y lo mismo harán, aunque en menor medida, Alberto el Grande, Tomás de Aquino y Dante —y también, más adelante, Erasmo de Róterdam—.

Según Diógenes Laercio (L, IV, 9), también Heráclito habría sostenido la visión circular que nos concierne, afirmando que el mundo surge del fuego y vuelve al fuego según ciclos fijados y por toda la eternidad. Muchos pitagóricos se adhirieron a esta doctrina, que fue popularizada sobre todo por los estoicos, quienes, diciendo seguir a Heráclito, difundieron la tradición grecorromana de edades sucesivas representadas por los metales oro, plata, cobre y hierro, cada uno de ellos menos «noble» que el anterior. En la edad de oro, la naturaleza otorgaba sus frutos a los seres humanos sin que éstos tuvieran que trabajar. En la edad de plata y la edad de cobre, se requería un esfuerzo cada vez mayor para obtener los frutos de la tierra. Finalmente, en la edad de hierro, hace falta el más arduo trabajo para obtenerlos.

En la primitiva Edad de Oro, Era de la Verdad o Era de Perfección no habría habido divisiones entre los seres humanos. Para los estoicos, en dicha era imperaba plenamente el *Lógos* y, en consecuencia, los seres humanos eran todos libres e iguales entre sí y no estaban divididos por fronteras nacionales ni por distinciones de clase, fortuna o alcurnia. La propiedad privada era desconocida, como lo eran también la familia individual, la esclavitud y el Estado en que unos pocos imperan sobre la mayoría. Los bienes de la naturaleza eran disfrutados en forma común por todos los seres humanos, que carecían de todo sentido de posesión y vivían como verdaderos hermanos, abandonados al flujo natural del *Lógos* —y, en consecuencia, libres de todo tipo dualista de gobierno y de control—.⁹ Los bñpos de los Himalayas coinciden con los estoicos en que en dicha época primitiva no habrían existido ni el Estado y el gobierno, ni la propiedad privada o colectiva, ni la familia individual, pues todas dichas instituciones introducen divisiones y parten de la percepción de divisiones en una realidad que —como lo afirman la física y otras ciencias de nuestra época— es en sí misma indivisa.

Este proceso puede ser entendido en términos del predominio de sucesivos estadios relacionales, comenzando por un estadio no-relacional en el cual todavía no se había desarrollado el error o la delusión que el Buda llamó *avidya* y que Heráclito designó como *lethe*, y por lo tanto imperaba lo que la enseñanza dzogchén designa como *vidya* (tib. *rig-pa*) y que, en mi interpretación, sería lo que Heráclito llamó *aletheia* o “no-ocultación” (una interpretación que contradice la que propuso Heidegger [1971] en el § 44B de *Ser y tiempo* y la que más adelante dio el mismo autor en *Aletheia* [1943], y en general la mayoría de las producidas hasta ahora): dicho estadio es no-relacional porque en el mismo no se ha desarrollado la ilusión de multiplicidad que hace posible la relación entre distintos entes. Por supuesto, este estadio es en gran parte hipotético, y en las tradiciones que ven la evolución como un proceso de degeneración corresponde al comienzo mismo de la Edad de Oro, Era de Perfección o Era de la Verdad. En la práctica, y según las tradiciones que nos conciernen la mayor parte de esta primera de las eras o edades, habría estado caracterizado por la alternación entre el estado de *vidya*, *rig-pa* o *aletheia*, que en este contexto designo como “estado de Comunión” en la medida en que los seres humanos vivencian juntos la verdadera naturaleza común a todos ellos y a la totalidad del universo, y un estado que he llamado de “post-Comunión” y que corresponde a lo que las formas superiores de budismo llaman “estado de post-Contemplación”. El siguiente estadio estaría caracterizado por las relaciones comunicativas y representaría un mayor desarrollo de dicho error, en la medida

en que dichas relaciones implican la existencia de entes separados que se relacionan entre sí —aunque lo hacen de manera respetuosa en la medida en que el foco de conciencia no es tan hermético como para ignorar totalmente la pasión y el dolor del otro, de modo que hay *com-pasión* en el sentido de apertura a la pasión del otro—. El último de los estadios en cuestión sería el instrumental, en el cual el error o delusión en cuestión se ha desarrollado a tal grado que ya no hay ninguna conciencia de las interrelaciones ecológicas, y el foco de conciencia es tan hermético que se puede ignorar el padecimiento ajeno —lo cual permite dominar, oprimir y explotar a los demás seres humanos, al resto de los animales, y en general a la totalidad de la ecosfera.

Los efectos fragmentarios del foco hermético de atención inherente al error que se está designando como *lethe* o *avidya* y la consiguiente carencia de comprensión global son los que ilustra la historia que aparece en el *Udana* (P.T.S., pp. 66-68; Venkata Ramanan, 1966, pp. 49-50, referencia en nota 138 al cap. I, p. 344), texto canónico del budismo Hinayana, según la cual seis hombres en la oscuridad trataba de determinar la identidad de un elefante, al que no podían ver: el que palpó la cabeza del paquidermo afirmó que el objeto era una vasija; el que asió la oreja aseveró que se trataba de un abanico; etc.: cada uno de ellos se aferró a tal grado a su perspectiva parcial, tomándola por una visión precisa, absoluta de la totalidad, que discutieron largamente con mucha emoción, sin ser capaces de ponerse de acuerdo con respecto a la naturaleza del objeto frente a ellos. La misma historia aparece en el *Tathagatagarbhasutra*, de la siguiente manera (en Dudjom Rinpoché, 1991, vol. I, p. 295):

El rey reunió muchos ciegos y [poniéndolos frente a] un elefante, ordenó: “Describan las características particulares [de este objeto].” Aquéllos que tantearon la trompa dijeron que [el objeto] parecía un gancho de hierro. Los que tocaron los ojos dijeron que [el mismo] parecía [un par de] tazones. Los que agarraron las orejas dijeron que [el mismo] parecía un par de canastas de las que [en India] se usan para sacar las cáscaras [que quedan en los cereales después de descascararlos]. Los que pusieron sus manos sobre el trasero dijeron que parecía una silla de mano, y los que tomaron la cola en sus manos dijeron que parecía una cuerda. Aunque [sus descripciones respondían a las partes del] elefante [que tocaron, los hombres] carecían de una comprensión global [del objeto].

En una versión modificada de esta historia popularizada por los poetas sufíes en países musulmanes, el que aferró la trompa dijo que era una manguera; el que tomó en sus manos una oreja pensó que era un abanico; el que puso su mano sobre el lomo concluyó que era un trono; el que abrazó una pierna decidió que era un pilar. Finalmente, el que agarró la cola la lanzó inmediatamente con todas sus fuerzas, creyendo que se trataba de una serpiente.¹⁰ Del mismo modo, a fin de ilustrar nuestro angosto y hermético foco de conciencia, inherente a lo que una tradición ligada al *Tantra Kalachakra* designa como “pequeño espacio-tiempo-conocimiento” (Tarthang Tulku, 1977), el Buda recurrió al ejemplo de una rana que, habiendo estado confinada toda su vida al fondo de un aljibe, creía que el cielo era un pequeño círculo azul.

Este error o delusión implica el foco hermético de conciencia que nos hace percibir fragmentariamente el universo que según el metarrelato aquí expuesto y según la física actual es un continuo indivisible, y la ecosfera que constituye una red de interdependencias —a raíz de lo cual los experimentamos como si fuesen un conjunto de entes autoexistentes, separados y desconectados entre sí—. Igualmente, nos hace experimentarnos a nosotros mismos como entes intrínsecamente separados e independientes del resto de la ecosfera. El

error en cuestión se ha ido exacerbando durante la evolución espiritual y social de nuestra especie, dando lugar a las relaciones instrumentales y alcanzando su extremo lógico en la modernidad, en la cual dichas relaciones se manifiestan de manera extrema en dominio, opresión y explotación, y nos hacemos mucho peores que los hombres con el elefante, pues desarrollamos e implementamos el proyecto tecnológico que tiene por objeto destruir las partes del mundo que nos molestan y apropiarnos las que nos agradan, dañando gravemente la funcionalidad del ecosistema del que depende nuestra supervivencia: apropiándonos la trompa, las orejas y el lomo del elefante, y destruyendo sus patas y su cola, asesinamos el sistema viviente del que somos parte. Alan Watts señaló que nuestra incapacidad de aprehender la unidad de la moneda de la vida nos ha hecho producir poderosos corrosivos y aplicarlos en el lado de la moneda que vemos como indeseable —muerte, enfermedad, dolor, problemas, etc.— a fin de conservar sólo el lado que consideramos deseable —vida, salud, placer, confort, etc.—. Estos corrosivos, al hacer su trabajo, han ido abriendo un hueco a través de la moneda, de modo que nos encontramos a punto de destruir el lado que nos proponíamos conservar.¹¹ Este es el tipo de conciencia que ilustra el famoso adagio del árbol que no nos deja ver el bosque, y también aquél con respecto al cual Gregory Bateson (1972) dijo que, cuando percibimos un arco, no nos percatamos de que el mismo es parte de un circuito. En consecuencia, cuando un arco nos molesta, dirigimos nuestras armas tecnológicas contra el mismo, y con ello destruimos el circuito del que el arco es parte: prendiéndole fuego al árbol frente a nosotros, quemamos el bosque en el que nos hallamos y así ocasionamos nuestra propia destrucción.

Éste es el proyecto de la modernidad, cuyo aspecto científico-tecnológico podría representarse con el mito de Prometeo, quien robó el fuego a los dioses, se transformó en el dios de los tecnólogos (Illich, 1971) y, como castigo por su osadía, fue amarrado a una roca en el Cáucaso a fin de que los buitres le picotearan y desgarraran constantemente el hígado —el cual volvería a crecerle de nuevo cada vez que terminara de ser devorado—. El proyecto en cuestión es también el de Sísifo y el de Tántalo: el primero encadenó a Thánatos y por un tiempo nadie murió en la tierra; el segundo robó a los dioses el secreto de la preparación de la *Ambrosía*, bebida de la inmortalidad. Ambos fueron condenados a suplicios proverbiales, los cuales —como ha señalado Iván D. Illich (1971)— ilustran el estado mental de los habitantes de nuestras ciudades. Se trata también del proyecto de los creadores del Gólem, quienes dieron vida a dicho androide moldeando una estatuilla con barro y escribiendo en su frente las letras *alef*, *mem* y *tau*, cuya sucesión constituye la palabra *emeth*, que en hebreo significa “verdad” (y que aquí tiene el sentido de *adaequatio*). El homúnculo, que debía realizar las tareas domésticas de sus amos, crecería un poco cada día; cuando se hiciera demasiado grande para el tamaño del hogar, bastaría con borrar la *alef*, dejando en su frente la palabra *meth*, que significa “muerte”, y él se volvería de nuevo barro. Ahora bien, en un momento dado los amos, distraídos, lo dejaron crecer demasiado; cuando finalmente alcanzaron su frente y pudieron borrar la *alef*, fue tanto el lodo que les cayó encima que los sepultó, matándolos. Éste es también el proyecto del aprendiz de brujo de Goethe, el del Dr. Frankenstein, el de los hombres que pidieron a Jesús la palabra con la que se podía resucitar a los muertos y el de los constructores de Babel. Estos últimos intentaron alcanzar el paraíso construyendo una estructura material, pero sólo obtuvieron la más extrema confusión y el más extremo desorden. Como aprendices de brujo científicistas, hemos creado un Gólem y una Babel tecnológicos que nos han sumido en la más extrema confusión, nos han hecho enfrentar los infernales castigos de Prometeo, Sísifo y Tántalo, y nos han llevado al borde de nuestra autoaniquilación. Por ello, *sabemos* que en la base de

nuestro proyecto había algo que no funcionaba —que no es otra cosa que el error o delusión fundamental que hemos estado considerando— y no nos queda más remedio que superarlo.

Ya Spinoza hablaba de un error, que caracterizó como “lo incompleto y abstracto”. Y en efecto, independientemente de lo que desde su perspectiva racionalista haya querido significar Spinoza, el error que se ha desarrollado a lo largo de la evolución y la historia humanas puede ser caracterizado como la comprensión *incompleta* —en el sentido de “fragmentaria”— que resulta de la *abstracción* de segmentos del continuo de lo dado. Hegel, a su vez, nos decía que el error se revelaba por las contradicciones que producía,¹² y aunque el error como lo concibió Hegel es muy distinto del que nos concierne, la crisis ecológica que enfrentamos puede considerarse como la *gran contradicción* (no hegeliana) que revela como tal el error inherente al estado mental de fragmentación que concibió el proyecto tecnológico y a la razón instrumental que se desarrolló con éste —demostrando que ese error, su proyecto y la razón que éste produjo *no funcionan*—. El conocido manifiesto *A Blueprint for Survival* (Equipo Editorial de la revista *The Ecologist*, 1971) y apoyado en un documento por los científicos más notables del Reino Unido y por organizaciones tales como The Conservation Society, Friends of the Earth, The Henry Doubleday Research Association, The Soil Association y Survival International, afirmaba ya que:

Un examen de la información relevante asequible nos ha hecho tomar conciencia de la extrema gravedad de la situación global en nuestros días. Pues, si permitimos que persistan las tendencias imperantes, la ruptura de la sociedad y la destrucción irreversible de los sistemas que sostienen la vida en este planeta, posiblemente hacia el final del siglo (XX), sin duda dentro de la vida de nuestros hijos, serán inevitables.»

A su vez, Michel Bosquet (en Senent, Saint-Marc y otros, 1973) advertía hace ya varias décadas que:

La humanidad necesitó treinta siglos para tomar impulso; le quedan treinta años para frenar antes del abismo.

Arturo Eichler (comunicación personal) ha afirmado que sólo una transformación total *inmediata* podría *quizás* hacer posible nuestra supervivencia más allá de la primera mitad del presente siglo. Por su parte, Lester Brown (1990), del Worldwatch Institute en Washington, D. C., afirmó en el Foro Global sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo para la Supervivencia que tuvo lugar en Moscú del 15 al 19 de enero de 1990, que:

Si no podemos invertir algunas de (las) tendencias (imperantes) en el futuro próximo, corremos el riesgo muy real de que la degradación ambiental pueda producir ruina económica, como ya lo ha hecho en partes de África, y de que las dos puedan comenzar a alimentarse mutuamente, haciendo cualquier progreso futuro extremadamente difícil... ..para el año 2030, o bien habremos producido un sistema económico mundial ambientalmente sostenible, o habremos fracasado claramente y, mucho antes de eso, la degradación ambiental y la ruina económica, alimentándose mutuamente, habrán llevado a la desintegración social. Lo haremos para el 2030 o habremos fracasado claramente.

En el siglo pasado, para mucha gente éstas eran predicciones alucinadas, pero ya en nuestro siglo organismos internacionales como la ONU y los medios de difusión de masas

no pueden ocultar la gravedad de nuestra situación, y los comités científicos reconocen la extrema gravedad, no sólo del cambio climático que es ya abiertamente experimentado por todos, sino del desequilibrio la totalidad de las variables del ecosistema tierra. Por lo tanto, advierten que nos quedan muy pocos años para implementar la transformación radical que haría posible nuestra supervivencia. Así, pues, es evidente que la evolución y la historia de la humanidad constituyen un proceso de desarrollo paulatino del estado de fragmentación y error que nos ha caracterizado durante los últimos milenios —el cual ha producido las relaciones instrumentales de proceso primario características de la civilización europea, que nos hacen tratar a los otros seres humanos y a la naturaleza como meros medios para lograr fines egoístas— y en general de todo lo que ha de ser superado para que sobrevenga una nueva “Edad de Oro.” Y que, en caso de que no lo superemos, nuestra especie destruirá su hábitat, ocasionando su propia destrucción.

Sucede que en la evolución humana, ontogenética tanto como filogenética, lo que ha de ser superado tiene necesariamente que exagerarse de modo que crezca exponencialmente hacia su extremo lógico. En el primero de dichos planos, en el marco de sus investigaciones psiquiátricas Gregory Bateson (1972) explicó la exacerbación de lo que debe ser superado en términos de un circuito de realimentación positiva; ahora bien, este término no debería hacernos creer que dicha exacerbación es provocada por un proceso independiente de la acción consciente del sujeto y de los cómputos del proceso secundario, ya que estos últimos tienen una función determinante en ella. En efecto, ya hemos visto que el proceso primario, siendo analógico, carece de negativos, de modo que si en el proceso secundario nos damos cuenta de que ciertas relaciones de proceso primario *no* funcionan, el *no* que les demos a esas relaciones en el proceso secundario no podrá interrumpirlas en el proceso primario, en el que no existe el *no* —y en la medida en que pone el énfasis en lo que pretendemos interrumpir, nuestro intento por detenerlas *podría tener un efecto contrario al que intenta producir, exacerbando dichas relaciones* (lo cual hace que el digital proceso secundario sea el detonante de las actividades sistémicas que Maruyama [1963] y luego Buckley [1993] llamaron morfogénesis, así como de lo que yo llamé metamorfia [Capriles, 1994, 2007c])—. En todo caso, este circuito de realimentación positiva, que Bateson (1972) identificó con el *Thánatos* freudiano, constituye una genuina teleonomía que hace que las relaciones de proceso primario que han de ser superadas se desarrollen hasta el “nivel umbral” en el cual, habiendo demostrado que *no funcionan* y alcanzado así su reducción al absurdo, pueden romperse por sí solas como una liga que se estira más allá de su máxima resistencia. Como dice el filósofo hindú Aurobindo Gosh (1955; Satprem, 1973):

El final de un estadio evolutivo está caracterizado por un poderoso recrudescimiento de todo lo que tiene que salir de la evolución.

En efecto, también en el plano filogenético, sólo la reducción al absurdo empírica del error caracterizado por la fragmentación y por la confusión del mapa intelectual con el territorio que representa, así como de la opinión y la ciencia divorciada de la sabiduría, y de la explotación de los seres humanos y de la naturaleza, puede hacer posible la restitución de la sabiduría propia de la era primordial y así posibilitar la transición al siguiente estadio evolutivo —al cual, siguiendo a Rumi, Nietzsche, Aurobindo y Teilhard, podríamos llamar “suprahumano,” pero el cual, a diferencia de lo suprahumano en algunos de estos autores y al igual que la humanidad en su estadio inicial, estará caracterizado por la comunión y por mucho de lo que tanto Marx como Kropotkin atribuyeron al comunismo.¹³ En efecto, tanto

la primitiva Edad de Oro o Era de la Verdad como el estadio que debe seguir al último de los estadios de nuestro «ciclo cósmico» deben corresponder al comunismo tal como lo han concebido el marxismo y por el pensamiento ácrata. Ahora bien, Marx y Engels crecieron y florecieron en un clima que todavía estaba marcado por el gran entusiasmo con el progreso que había caracterizado a la Edad Moderna. Más aún, los padres del marxismo tomaron como base para su sistema la filosofía de Hegel, máxima expresión de la concepción de la evolución como perfeccionamiento constante (que he criticado más o menos a fondo en Capriles, 1994, más actualizadamente en Capriles 2007a y 2007b y con mayor precisión en Capriles, 2007c, vol. III). Así, pues, no pudieron evitar el error de concebir el proceso de evolución humano como un perfeccionamiento progresivo —lo cual implicaba comprender el «comunismo primitivo» como un estadio inferior a los que lo sucedieron en el proceso de evolución social, cada uno de los cuales debía ser más completo y perfecto que el anterior.

2.- Pruebas “científicas” de la visión degenerativa

La antropología y la etnología actuales rechazan la visión moderna de la evolución y de la historia como un desarrollo lineal caracterizado por un perfeccionamiento constante —o sea, por lo que designamos como “progreso”— que nos conduce desde un estado de barbarie hacia uno de civilización y modernidad en el cual la humanidad se realizaría finalmente. En cambio, en la época de Marx y Engels la visión lineal de la historia y el mito del perfeccionamiento constante estaban todavía en auge —y, como ya vimos, ellos recibieron una determinante influencia de Hegel, para quien la evolución social y la historia humanas eran un proceso de perfeccionamiento que produciría cada vez mayor verdad y completud—. Y, puesto que los padres del marxismo adoptaron una visión parcialmente economista,¹⁴ parece haber sido inevitable que dicha doctrina terminara afirmando erróneamente que el carácter igualitario y ácrata¹⁵ de los «comunismos primitivos» se debía a que sus miembros vivían en la más extrema indigencia.

Este supuesto no se encuentra, en cambio, en la base de la concepción ácrata del «comunismo primitivo». Antes de la aparición de dioses supramundanos y de la práctica de la agricultura, y de la posterior aparición de las ciudades, *todas* las sociedades humanas eran lo que el antropólogo Pierre Clastres (1985, 1974, 1987) eran lo que él designó como ‘sociedades indivisas’, en las cuales no había ni gobernantes ni gobernados, ni ricos ni pobres, ni propietarios ni no-propietarios, y en las cuales no existían ni el Estado ni las divisiones económicas (y en las cuales, cabría agregar, la estructura de la psiquis de los seres humanos era tan indivisa como la sociedad, de modo que los mismos no sentían que una parte de la sociedad debía dominar a otra, ni que ellos como individuos debían dominar al resto de la naturaleza, ni que el trabajo fuese algo indeseable que debía ser realizado a fin de obtener un fruto “con el sudor de la propia frente”), y cuyos miembros parecían vivir en relativa armonía, en general poseen o poseían una «economía de la abundancia» en la cual la carencia económica era prácticamente desconocida y no existía el menor deseo de acumular bienes con el engañoso objetivo de «mejorar la vida».¹⁶ Marshal Sahlins (1974) afirma que la pobreza fue *inventada* por la civilización,¹⁷ mientras que comentaristas ácratas de Clastres tales como el Fernando Savater joven (1985/1987) señalan que es un grave error del marxismo el afirmar que tales comunidades vivían en la indigencia y no habían logrado desarrollar su economía.

En el plano de la religión, la visión de los humanos habría sido mágica, monista, horizontal: lo divino estaba en el mundo, que era celebrado y cuidado con la mayor

veneración, y no en un ‘más allá’, ni era patrimonio de dioses que se encontrasen por encima de los humanos: la verticalidad y el dominio en todas sus manifestaciones eran desconocidos para los seres humanos. Con la aparición de los dioses y el desarrollo de la agricultura que implica la necesidad de trabajar duramente durante muchas horas al día, se completa la ruptura de este estado paradisiaco. Esto resulta en la aparición del mal sobre la tierra: habiendo perdido la visión holista que nos permitía sabernos parte de un todo al cual pertenecían igualmente el resto de los seres humanos, los animales, las plantas y los minerales, y que nos hacía cuidar de la totalidad del universo y de los seres vivientes como de nuestro propio cuerpo, llegamos a identificarnos con un ego separado y limitado —y, como consecuencia de ello, surgió y comenzó a desarrollarse el egoísmo—. Al fragmentarse la psiquis y la sociedad, aparecieron en ambos planos las relaciones psicológicas de control y dominio, y surgieron la propiedad privada y el Estado en que unos predominan sobre otros y los gobiernan.

Antes de la conquista, los habitantes originales de esta tierra de gracia, si bien ya no se encontraban en el estadio de comunión, en gran medida se encontraban en el estadio comunicativo, relacionándose con los fenómenos naturales como si se tratase de sujetos y no de objetos insensibles: *todas* sus relaciones eran comunicativas. Esto, y la sabiduría inherente a un menor grado de fragmentación perceptiva del tipo ilustrado por la fábula de los ciegos con el elefante, habrían hecho que las intervenciones de los habitantes originarios en el ecosistema tuviesen un efecto negentrópico: como lo sugieren los “hallazgos” de la etnoecología (Descola, 1996), en el Amazonas, cuyas tierras son tan poco fértiles, las regiones que han estado habitadas por un mayor tiempo exhiben la mayor biodiversidad. En cambio, en el mundo entero, las regiones que han estado habitadas por sociedades “civilizadas” durante un mayor tiempo exhiben la menor biodiversidad, debido a la rapiña humana desmesurada: Tom Dale y Vernon Gill Carter (1955) “mostraron” que entre las principales civilizaciones una buena parte se autodestruyó por medio de la explotación “irracional” de la ecosfera. La modernidad ha ido mucho más allá que las civilizaciones tradicionales y, como se ha mostrado en la sección anterior de esta ponencia, nos ha llevado al borde de la autodestrucción.

Como lo han reconocido los estudiosos del arte “primitivo” desde Leroi-Gourhan (1965), la visión descrita arriba es reflejada por el arte del paleolítico, que expresa una cosmovisión que Jacques Cauvin (1987) compara con el yin-yang chino y que, en la medida en que expresa una religiosidad similar a las del budismo *ch’an* y el taoísmo, comparte características esenciales con la Escuela del Sur de pintura china. Más aún, dichos estudiosos ya no aceptan que en el plano de la creación artística haya habido evolución. Tomando como ejemplo de lo que llamamos «seres humanos primitivos» a los creadores del arte franco-cantábrico, Andreas Lommel (sin fecha), director del museo etnológico de Zurich, escribe:

Existe quien prefiere evitar cualquier especulación (con respecto al desarrollo espiritual de quienes crearon el maravilloso arte «primitivo» franco-cantábrico), puesto que el problema plantea cuestiones insolubles al estudioso de la prehistoria y **sobre todo a cualquier persona convencida ingenuamente de la marcha del progreso**, pues si el «hombre primitivo» fue capaz de producir obras de arte tan primorosas con sus rudos instrumentos de piedra y hueso, **no puede, de ninguna manera, haber sido «primitivo» en el sentido artístico e intelectual, y debe, por el contrario, haber alcanzado un nivel de desarrollo hasta hoy no sobrepasado. Se demuestra así que la evolución artística y**

mental no se desarrolla paralelamente a los progresos de la civilización material. Aceptar esta hipótesis significaría revolucionar el cuadro del desarrollo humano tal cual lo encaramos, como una progresión más o menos en línea recta.

Incluso en el plano de la medicina encontramos hechos sorprendentes. Por ejemplo, como lo señala la obra de Time & Life *The Library of Curious & Unusual Facts*, en Europa se realizaba la cirugía del cerebro hace muchos miles de años, y el 80% de los pacientes sobrevivía. Así pues, el constante perfeccionamiento del espíritu que suponían la visión moderna y la concepción hegeliana de la evolución y de la historia humanas no parece haberse producido realmente en parte alguna.

La “evidencia” reunida por los antropólogos y etnólogos sugiere que la represión sexual,¹⁸ la represión de los niños (Service 1978 p. 81, Briggs 1998 pp. 4-5, Malinowski 1932 p. 17, Kleinfield 1994 p. 153, Liedloff 1989 p. 97, Hewlett 1991, DeMeo 1998, Taylor 2005 pp. 192-194), el dominio masculino sobre las mujeres (Gimbutas, 1982, 1989, 1997; Eisler, 1987, español 1989, a matizar en base a Radford-Ruether 1992), y el poder político y económico de unos sobre otros (Capriles, 1994) eran inexistentes en el paleolítico y lo son todavía en buena parte de las sociedades tribales de nuestros días. Claro está, las observaciones de los antropólogos y etnólogos han sido descalificadas por el pensamiento “postmoderno”, en particular desde que Jacques Derrida (1967) “deconstruyó” a Lévi-Strauss. Por mi parte, me encuentro totalmente de acuerdo con la premisa escéptica y “postmoderna” según la cual las ciencias (y esto se aplica no sólo a ciencias sociales como la antropología y la etnología) no demuestran absolutamente nada (Capriles, 1994, 2007a, 2007c) —aunque reconozco que, como observó Gregory Bateson (1990; español 1982), las mismas sí pueden refutar teorías—. ¹⁹ Y si aceptamos que ciertas observaciones científicas pueden refutar teorías, tendremos que concluir que en las últimas dos o tres décadas, la visión de la historia como perfeccionamiento y “progreso” ha sido refutada por múltiples hallazgos de ciencias como la paleopatología, la etnoecología y la arqueología. La primera de dichas ciencias, en investigaciones por todo el mundo, *no ha hallado indicios de muertes por violencia ejercida por otros seres humanos antes del 4000 a.C.* (Lochouarne 1993, van der Dennen 1995, DeMeo 1998, Taylor 2005), a excepción de unos pocos sitios en el valle del Nilo *a partir del 12.000 a.C.* —lo cual contradice la imagen popular de los hombres de la edad de piedra dándole garrotazos a las mujeres para llevarlas a su cueva y matándose entre sí por su posesión—. La violencia entre los seres humanos, la represión sexual, la represión hacia los niños, el dominio sobre las mujeres y el poder político y económico de unos sobre otros, parecen haber surgido en el período al que se acaba de hacer referencia, originalmente en los desiertos del Norte de África y el Medio Oriente, así como en las regiones áridas del Cáucaso, que en su conjunto conforman lo que James DeMeo (1998) llamó Saharasia. A medida que los kurganes (actualmente conocidos como indoeuropeos), los semitas y otros pueblos “saharasiáticos” conquistaron el resto de Eurasia y buena parte de África, los vicios que los caracterizaban se generalizaron por dichas regiones (Eisler, 1987, español 1989; Ceruti y Bocchi, 1993, traición al español 1994; DeMeo, 1998; Taylor, 2005). Un tiempo después aparecieron fenómenos semejantes en América, comenzando por los desiertos mesoamericanos y del sur de Norteamérica, y las regiones áridas del gran Perú (donde el fenómeno más extremo se dio en los alrededores del lago de Titicaca, de donde irradiaron los conquistadores incaicos).

Todo lo anterior sugiere claramente que los humanos del período preético exhibían en su comportamiento virtudes que los humanos del período ético han perdido totalmente, y

que no sólo han perdido, sino que han remplazado con los vicios que constituyen sus contrarios —lo cual, a su vez, parece haberse debido a que en el paleolítico el psiquismo humano todavía estaba libre de las ilusorias divisiones y contraposiciones en la raíz de los conflictos humanos (lo cual era concomitante con el hecho de que todavía no habían surgido ni el Estado, ni la propiedad privada o colectiva, ni la pareja exclusivista en la cual cada parte posee a la otra y ambas poseen a los hijos). En otras palabras, la paleopatología sugiere que en el paleolítico todavía los seres humanos conservaban una condición similar a la del bíblico «Paraíso terrenal», la «edad de oro» grecorromana o la «era de perfección» (*krityayuga*) o «era de la Verdad» (*satyayuga*) India. Ahora bien, una vez que apareció la agresión contra el resto de los seres humanos y de la ecosfera, la misma se generalizó y agudizó progresivamente, hasta provocar la crisis ecológica que, según muchos científicos, si todo sigue como va podría ocasionar la desintegración de la sociedad humana antes de la mitad del presente siglo. Como he señalado (1994), esta crisis representa la reducción al absurdo empírica del estado mental que provocó los males aquí reseñados, demostrando que el mismo adolece de un error que hace que no sea funcional, y exigiendo su superación —de la cual dependen la continuidad de la vida en el planeta y la restauración del orden primordial, de la no violencia, y así sucesivamente, rotos por el desarrollo del estado mental en cuestión.

Ya se han resaltado las dificultades que conlleva la observación objetiva del “Otro” resaltadas por Jacques Derrida y en general por el pensamiento “postmoderno”. Aparte de las mismas, existe el problema constituido por el hecho de que las «comunidades salvajes» cuyas economías exhibían características comunistas, que fueron estudiadas por una serie de antropólogos a partir de Morgan, y a las que se refirieron Engels, Sahlins, Lizot, Clastres y otros, no son muestras de la primitiva Edad de Oro o Era de la Verdad. Aquéllas se han alejado de ésta en la medida —bastante considerable— en la que se han apartado de la armonía primordial. Esto es evidente en el hecho de que las comunidades en cuestión tenían que guerrear constantemente con otras comunidades y de que la espiritualidad que las caracterizaba era por lo general de tipo «chamánico» —un tipo de espiritualidad que, según Idries Shah (1964, español 1975), es el producto de la degeneración de la espiritualidad que caracteriza a las auténticas tradiciones de sabiduría asociadas a la «filosofía perenne» (siendo este último tipo de espiritualidad el que habría imperado en la Edad de Oro o Era de la Verdad)—. En efecto, como ha señalado Theodore Roszak (1992), las sociedades tribales estudiadas por los antropólogos no son muestras de la forma de vida que prevaleció en la Era Primordial —aunque su forma de vida es sin duda más similar a la de los humanos primordiales que la de los “germanos primitivos”, independientemente de las fábulas de J. J. Bachoffen [1815-1887]²⁰—. Ello es así no sólo porque las culturas tribales que todavía existen han sido contaminadas o destruidas por influencias externas, sino también y sobre todo porque *todos* los grupos humanos son parte de la especie humana y no pueden eludir el desarrollo, a lo largo del «ciclo cósmico», del error o la delusión llamado *avidya* o *lethe* —aunque este último no se desarrolle exactamente en la misma dirección o al mismo paso en todos ellos—. ²¹ Más aún, aunque la espiritualidad chamánica reconoce que la experiencia cotidiana habitual de los seres humanos no posee el grado de verdad que le atribuye el individuo normal, conserva en cambio la creencia errónea en que las experiencias que ocurren en ciertos «estados alterados» son verdad absoluta (Harner, español, 1976).

Para concluir esta sección, cabe resaltar el hecho de que el haber hecho referencia a la obra de James DeMeo y haber reconocido que lo que el *Libro del Génesis* designa como la *Caída* se consolidó en lo que dicho autor designó como Saharasia antes que en otras

regiones, no implica aceptación del determinismo geográfico-climático de dicho autor,²² pues, como vimos, la degeneración filogenética está determinada por el desarrollo del error que el Buda Shakyamuni llamó *avidya* y que Heráclito designó como *lethe* y, como señalo en Capriles (1994, 2007c vol. III), depende de factores endógenos que conforman más que una teleonomía, pues no está determinada sólo por un programa, sino por la estructura misma de nuestro cerebro. Para las tradiciones que comparten la visión degenerativa, se trata de una teleología, pues el desarrollo de dicho error es la manifestación filogenética de lo que el shivaísmo y el tantrismo budista llaman el “Juego Cósmico” (sánscrito, *lila*; tibetano, *rol-pa*), mientras que Heráclito, en su fragmento B 123 DK, nos dice que a la *physis* “le gusta esconderse,” y en su fragmento B 52 DK nos dice que el ciclo temporal cósmico (*aion*; sánscrito *Kalpa*)²³ es el niño jugador de damas a quien el [verdadero] reinado pertenece. Lo mismo se aplica a Taylor (2005), quien absorbió de DeMeo (1998) su determinismo geográfico, según el cual las causas de la aparición de la violencia, el sexismo, las divisiones sociales, el maltrato infantil y así sucesivamente son ambientales.

3.- La restauración de la armonía primordial como condición de posibilidad de la supervivencia de la especie

La futura Edad de Oro o Era de la Verdad representaría la restitución de la armonía primordial y la superación de todas las etapas anteriores. En ella las propensiones para combatir y la necesidad de hacer la guerra a fin de preservar el grupo y su cohesión, habiendo alcanzado su reducción al absurdo, habrían sido superadas. En consecuencia, las sociedades comunitarias de carácter ácrata que en ella prosperarían estarían libres de los avatares de la guerra. Del mismo modo, la espiritualidad que se desarrollaría en dichas sociedades comunitarias sería no-teísta y del tipo que he llamado «metachamánico»: ella reconocería que *tanto* nuestra experiencia cotidiana habitual *como* las experiencias que ocurren en «estados alterados» son meras apariencias, carentes de sustancia y de verdad absoluta.²⁴

En la próxima Edad de Oro o Era de la Verdad, el sistema político sería la democracia directa (como diferente de la democracia indirecta o representativa), y habrían desaparecido la represión y el gobierno externo al individuo, las divisiones de clases y todo tipo de propiedad. En ella, una tecnología suave que se integraría con la naturaleza, producida y orientada por la sabiduría para facilitar las tareas de supervivencia de los seres humanos, sustentaría una red de pequeñas comunidades organizadas en base a valores comunitarios y cooperativistas. Así, pues, esta nueva era podría corresponder al comunismo libertario concebido por los pensadores ácratas, al comunismo postsocialista en el cual — según el marxismo— se extinguiría el Estado y se lograría una verdadera igualdad,²⁵ o a la sociedad comunitaria concebida por los comunitaristas cristianos, budistas, etc.

Como lo demuestran los fracasos de los regímenes marxistas del siglo pasado, intentar, antes de que se completara la reducción al absurdo del error en la crisis que enfrentamos, la construcción de una sociedad comunitaria con las características de la Edad de Oro o Era de la Verdad era utópico en el sentido etimológico del término «utopía»: estaba «fuera de lugar», tal como para Marx lo habían estado los planteamientos de los llamados «socialistas utópicos». Pero lo que en otras épocas estaba fuera de lugar es hoy en día indispensable, y lo que en otras épocas era inevitable, hoy en día está tan fuera de lugar que se ha vuelto insostenible y, de no ser superado, ocasionará nuestra extinción. Jean Monnet, el padre de la Comunidad Económica Europea, señaló que:

La gente sólo acepta el cambio en tiempos de necesidad; ellos sólo reconocen la necesidad en tiempos de crisis.

Adaptando la ideología marxiana a la visión que aquí presento, podemos ver la crisis ecológica como un producto del proyecto de desarrollo tecnológico y económico impulsado originalmente por la burguesía europea, el cual generó una acumulación cuantitativa tan enorme que, a menos que se produzca el cambio cualitativo indispensable para que esa acumulación cuantitativa pueda ser manejada de manera viable, podría producir la desintegración de las sociedades humanas, la destrucción de nuestra especie y quizás incluso la extinción de toda la vida en el planeta. Esto hace que la instauración de lo que otrora fue utopía se haya vuelto imprescindible. Fritjof Capra (1982) escribe:

(Los) utopistas crearon fábricas en base a principios humanitarios —con horarios de trabajo reducidos, sueldos aumentados, recreación, seguros y a veces vivienda—, fundaron cooperativas de trabajadores y promovieron valores éticos, estéticos y espirituales. Muchos de estos experimentos fueron muy exitosos por un tiempo, pero en última instancia todos ellos fracasaron, incapaces de sobrevivir en un medio económico hostil. Karl Marx, quien tomó mucho de la imaginación de los utopistas, creía que sus comunidades no podían durar, pues no habían emergido «orgánicamente» a partir del estado existente de desarrollo económico material. Desde la perspectiva de los años 80 (del siglo XX), parece que Marx podría haber tenido razón. Quizás teníamos que esperar hasta el cansancio de nuestros días «postindustriales» con el consumo de masas y la conciencia de los crecientes costos sociales y ambientales —para no mencionar la reducción de la base de recursos— para alcanzar condiciones en las cuales el sueño que abrigaron los utopistas, de un orden social ecológicamente armonioso basado en cooperativas, pudiera hacerse realidad.

Durante los últimos milenios y hasta nuestros días, fue imposible lograr que imperase la igualdad, que se generalizase la sabiduría y que los seres humanos prescindiesen del poder político, social y económico que unos ejercen sobre otros. La reducción al absurdo de la desigualdad, del error y del poder ejercido por este último, ha hecho posible —y no sólo posible, sino indispensable— lo que hasta ahora había sido utópico (o sea, «fuera de lugar»). No obstante, el sistema intenta mantenerse hasta ocasionar nuestra —y su propia— destrucción autodesignándose como «realista» y acusando de utópico a lo que puede salvarnos. Como lo expresa Jonathan Schell (1981):

Se nos alienta a no enfrentar nuestra gravísima situación y, en cambio, habituarnos a ella: a desarrollar una visión enervada que es capaz de pasar por alto lo enormemente obvio, un sistema nervioso indolente que está condicionado para no reaccionar aun ante el peligro más extremo y urgente, y un tipo de pensamiento político estrecho al que se le permite deslizarse por las orillas de la crisis mortal en la vida de nuestra especie pero nunca encararla de frente. En este pensamiento tímido y lisiado, «realismo» es el título que se da a creencias cuya característica más notable es que pasan por alto la realidad principal de nuestro tiempo, que es el abismo en el que nuestra especie amenaza con lanzarse; «utópico» es el término despreciativo que se da a cualquier plan que prometa seriamente capacitar a la especie para evitar destruirse (si es «utópico» querer sobrevivir, entonces debe ser «realista» estar muerto); y los arreglos políticos que nos mantienen al borde de la aniquilación son considerados «moderados» y «respetables», mientras que nuevos arreglos que podrían permitirnos dar unos pasos atrás y alejarnos del borde del abismo son llamados

«extremos» o «radicales». Con esos atemorizantes epítetos que bloquean el pensamiento, quienes sostienen el *statu quo* defienden la estructura anacrónica de su pensamiento, e intentan bloquear la revolución en pensamiento y acción que es necesaria si la humanidad ha de seguir viviendo.

En efecto, los científicos más conscientes del planeta insisten en que la única forma de garantizar nuestra supervivencia y la continuidad de lo que llamamos «civilización» es transformando *de manera inmediata* las prácticas políticas y económicas imperantes y reestructurando profundamente la tecnología.

En lo político, son imperativas la implantación de la democracia directa y la concomitante superación de los sistemas de gobierno coercitivo externos al individuo, que parecen haberse encontrado en la raíz de las primeras divisiones de la sociedad en grupos diferentes y que, a la larga, crearon intereses privados a los que luego tuvieron que responder, sentando las bases para las divisiones de clases.²⁶

En lo socioeconómico, son necesarias la abolición de la propiedad y de la división de la sociedad en clases, lo cual implica necesariamente la redistribución a nivel mundial de los medios de producción —y, en particular, el traslado al Sur de gran parte de los que ahora se encuentran en el Norte— y la transferencia de las tierras de los latifundistas y de la agroindustria a los agricultores, preferiblemente organizados de manera natural en cooperativas, de modo que puedan cultivar los productos de consumo que ellos mismos y el pueblo en general necesitan para su adecuada alimentación.²⁷

A su vez, la transformación de la tecnología y de los modos de producción debe hacer a la industria mucho más liviana y permitirle integrarse con el «medio ambiente», poniendo fin a la destrucción de este último. En cada una de las áreas de producción —agrícola, pecuaria, industrial y así sucesivamente— es necesario redistribuir los medios de producción, revolucionar la tecnología y transformar los modos de producción.

Tal como lo predijeron P. Kropotkin y William Morris, la división del trabajo en agrícola e industrial, manual e intelectual, y así sucesivamente, debe ser superada, de modo que todos los individuos realicen actividades productivas de bienes de consumo necesarios para la supervivencia y puedan también realizar las actividades que prefieran entre las que hasta ahora se consideraron creativas, que comprenden la artesanía, el arte, la filosofía, etc. En ambos planos —el de la labor productiva y el de la actividad recreativa— el trabajo deberá ser igualmente creativo y satisfactorio.

Del mismo modo, las grandes concentraciones industriales y demográficas deberán ser sustituidas por una red de pequeñas comunidades autosuficientes que integren el trabajo agrícola con la pequeña industria acoplada al ecosistema. Estudios soviéticos realizados con la ayuda de satélites artificiales han mostrado que las grandes ciudades son como tumores en el organismo mundo, que deben ser extirpados si dicho organismo ha de sobrevivir. Por otra parte, el desmantelamiento de las ciudades es también indispensable para la erradicación del crimen, de la «enfermedad mental», de la neurosis, de la dependencia con respecto a drogas duras y en general de todos los males sociales. Aunque nos parezca curioso, las estadísticas reunidas por Theodore Roszak (1978) sugieren que, en naciones como los EE.UU., la mayoría de los habitantes de las ciudades preferiría vivir en el campo o en los suburbios que en las grandes ciudades, y se mudaría a aquellos lugares si tan solo encontrasen nuevos medios de vida que les permitiesen hacerlo. (Por supuesto, las comunidades del mañana no serán suburbanas sino campesinas: puesto que el concepto de

«suburbio» implica el de «urbe», el desmantelamiento de las ciudades habría de implicar el desmantelamiento de los suburbios.)

REFERENCIAS

Nota: las obras de mi autoría aquí citadas están disponibles en mi página Web

<http://www.webdelprofesor.ula.ve/humanidades/elicap/>

- Aurobindo, Shri (1955). *La vie divine* (Jean Herbert, director de la traducción). París: Albin Michel.
- Bateson, G. (1972). *Steps to an Ecology of Mind*. Nueva York, NY, EE.UU.: Ballantine Books.
- Bateson, G. (1990; español 1982). *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu editores S. A.
- Bocchi, Gianluca y Ceruti, Mauro (1993). *Origini di storie*. Milán, Italia: Giangiacomo Feltrinelli Editore. Traición al español (1994). *El sentido de la historia*. Madrid: Editorial Debate, colección Pensamiento.
- Briggs, J. L. (1970). *Never in Anger*. Cambridge, Mass., EE.UU.: Harvard University Press.
- Brown, Lester (1990), Picturing a Sustainable Society. *The Elmwood Newsletter*, Vol. 6, Nº 1, equinoccio de primavera de 1990. Berkeley, CA, EE.UU.: The Elmwood Institute.
- Buckley, Walter (1993) *La sociología y la teoría moderna de los sistemas* (Aníbal Leal, traductor.). Buenos Aires: Amorrortu.
- Capra, Fritjof (1982), *The Turning Point*. Nueva York, NY, EE.UU.: Bantam New Age Books.
- Capriles, E. (1986), *Qué somos y adónde vamos. Sobre la crisis mundial y la problemática individual. Ontología, filosofía de la historia, ecología, física, psicología...* Caracas: Unidad de Extensión de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.
- Capriles, Elías (1991). Ciencia, chamanismo y metachamanismo. Ponencia presentada en el II Seminario Nacional sobre Etnomedicina y Religión. Mérida, Venezuela: *Boletín Antropológico*, Centro de Investigaciones, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes.
- Capriles, Elías (1992). La inversión hegeliana. Mérida, Venezuela: *Filosofía* (Revista del Postgrado de Filosofía de la Universidad de Los Andes), Nº 4, diciembre de 1992.
- Capriles, E. (1994), *Individuo, sociedad, ecosistema: Ensayos sobre filosofía, política y mística*. Mérida (Venezuela): Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes.
- Capriles, Elías (versión provisional 2004). *Clear Discrimination of Views Pointing at the Definitive Meaning: The Four Philosophical Schools of the Sutrayana Traditionally Taught in Tibet (With Reference to the Dzogchen Teachings)*. Mérida, Venezuela: ULA <http://www.webdelprofesor.ula.ve/humanidades/elicap/>
- Capriles, E., (2007a). “Hacia el ecomunismo: una respuesta mítica a algunos problemas del marxismo.” Mérida, Venezuela: publicado electrónicamente en la página Web del autor <http://www.webdelprofesor.ula.ve/humanidades/elicap/>
- Capriles, E., (2007b), “From Primal to Postmodern Ecommunism.” En la compilación por Corinne Kumar en dos volúmenes *Asking, we Walk* (Andhra Pradesh, India). (La versión en lengua kannada está en prensa en el mismo lugar. La versión francesa está

- siendo preparada en Senegal por Demba Moussa y un colectivo editorial que incluye a Samir Amin. La versión en árabe está siendo preparada por Munir Faseh de Palestina/EE.UU. La versión española, a publicarse en Cuba, está siendo preparada por Gilberto Valdez y Humberto Miranda junto con Sylvia Marcos y Jean Robert de México. La edición en urdu, a publicarse en Pakistán, está siendo preparada por Irfan Mufti con un colectivo editorial.)
- Capriles, Elías (versión provisional 2007c). *Beyond Being, Beyond Mind, Beyond History: A Dzogchen Founded Meta-Transpersonal Philosophy and Psychology*. (3 volúmenes.) Mérida, Venezuela: <http://www.webdelprofesor.ula.ve/humanidades/elicap/> y Moscú, Rusia: <http://www.eliascapriles.dzogchen.ru/> (Cuando esté lista la versión final se enviará a editoriales en EE.UU.)
- Cauvin, Jacques (1987). L'apparition des premières divinités. París: *La Recherche*, 195, diciembre de 1987.
- Clastres, Pierre (1972). *Chronique des indiens Guayaki: Ce que savent les Aché, chasseurs nomades du Paraguay*. París: Plon, Terre humaine.
- Clastres, Pierre (1974). *La société contre l'état: Recherches d'anthropologie politique*. París: Les Éditions de Minuit.
- Clastres, Pierre (1987). *La economía de la abundancia en la sociedad indivisa (The Economy of Plenty in the Undivided Society)*. (Publicado originalmente como prefacio a la obra de Marshal Sahlins *Stone Age Economics*.) México: suplemento de la revista *Testimonios*, N° 4, octubre 1987 (Reproducido de Buenos Aires: ediciones Antropos, suplemento de la revista *Aletheya*, 6, 1985).
- Correa, Paulo & Correa, Alexandra (2002). Pulse of the Planet Taken to Task: Review of James Dimeo's Pulse of the Planet #5, 2002 (or, The End of the Road for Orgonomism). Internet: <http://www.aetherometry.com/PP5.html>
- Dale, Tom & Carter, Vernon Gill (1955). *Topsoil and Civilization*. Oklahoma, OK, EE.UU.: University of Oklahoma Press.
- Daniélou, Alain (1987). *Shiva y Dionisos*. Barcelona, España: Kairós.
- DeMeo, James (1998). *Saharasia*. Ashland, OR, EE.UU.: Natural Energy Works (Orgone Biophysical Research Lab). (A matizar con Capriles, 2007c, especialmente vol. III.)
- Derrida, Jacques (1967). *La voix et le phenomene. Introduction au problème du signe dans la phénoménologie de Husserl*. París: Presses Universitaires de France.
- Descola, Philippe (1996). "Les cosmologies des indiens d'Amazonie. Comme pour leurs frères du nord, la nature est une construction sociale." París: *La Recherche*, No. 292, noviembre de 1996, pp. 62-7.
- Dudjom Rinpoche (1991). *The Nyingma School of Tibetan Buddhism* (2 vols. trad. G. Dorje y M. Kapstein). Boston, MA, EE.UU.: Wisdom Publications.
- Eisler, Riane (1987; español, 1989), *El cáliz y la espada*. Santiago de Chile: Editorial Cuatro Vientos.
- Elwin, V. (1968). *The Kingdom of the Young*. Bombay, India: Oxford University Press.
- Equipo editorial de la revista *The Ecologist* (1971). *A Blueprint for Survival*. Reproducido en versión ampliada: Harmondsworth, U.K., Pelican Books.
- Gimbutas, Marija (1989). *Il linguaggio della dea. Mito e Culto della dea madre nell' Europa neolitica*. Milán: Longanesi.
- Gimbutas, Marija (1982). *Goddesses and Gods of Old Europe, 7000 to 3500 B. C.: Myths, Legends, and Cult Images*. Berkeley, CA, EE.UU.: University of California Press.

- Gimbutas, Marija (1997). *The Living Goddesses*. Berkeley, CA, EE.UU.: University of California Press.
- Guastini, Riccardo (1984), «Sobre la extinción del Estado (un enfoque analítico)». Puebla, *Crítica Jurídica. Revista Latinoamericana de Política, Filosofía y Derecho*, Año 1, N° 1, 1984; Universidad Autónoma de Puebla y Universidad Autónoma de Zacatecas.
- Harner, Michael J. (español, 1973). *Alucinógenos y chamanismo*. Madrid: Editorial Labor.
- Hewlett, B. S. (1991). *Intimate Fathers: The Nature and Context of Aka Pigmy Paternal Infant Care*. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press.
- Huxley, Aldous (1961). *The Perennial Philosophy*. Londres: Fontana Collins.
- Illich, I. (1971), *Deschooling Society*. Nueva York, Harper & Row. Utilizamos la versión francesa (1977), *Une société sans école*. Paris, Éditions du Seuil.
- Illich, I. (1971), *Toward a History of Needs*. Nueva York, NY, EE.UU.: Pantheon Books.
- Kleinfield, J. (1994). Learning Styles and Culture. En Lonner, W. J y Malpass, R. (comp.). *Psychology and Culture*. Boston, Mass., EE.UU.: Allyn and Bacon. Citado en Rahnema, Majid (2007).
- Lao-tse (1991; español 1994). *Wen-tzu*. Madrid: EDAF, Colección Arca de Sabiduría.
- Lawlor, R. (1991). *Voices of the First Day. Awakening in the Aboriginal Daytime*. Rochester, VT, EE.UU.: Inner Traditions.
- Leroi-Gourhan, André (1965). *Préhistoire de l'art occidental*. París: Lucien Mazenod.
- Liedloff, J. (1989). *The Continuum Concept*. Londres: Arkana.
- Lizot, Jacques (1992). *El círculo de los fuegos*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Lochouarn, Martine (1993). De quoi mouraient les hommes primitifs. París: *Sciences et Avenir*, No. 553, Marzo de 1993, 44-7.
- Lommel, Andreas (sin fecha). *El arte prehistórico y primitivo*. En *El mundo del Arte—Las artes plásticas de sus orígenes a la actualidad*, Vol. I. Brasil (no se indica la ciudad): Ags Industrias Gráficas S. A.
- Malinowski, B. (1932). *The Sexual Life of Savages*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Marcovich, Miroslav (1967). *Heraclitus: Greek Text with a Short Commentary*. Mérida, Venezuela: Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes.
- Maruyama, Magoroh (1963). The Second Cybernetics. Durham, NC, EE.UU.: *American Scientist*, vol. 51, pp. 164-179.
- Mollat, M. (1978). *The Poor in the Middle Ages. An Essay in Social History*. Yale, New Haven, EE.UU.. Citado en Rahnema, Majid (2007).
- Popper, Karl R. (1961). *The Logic of Scientific Discovery*. New York, NY, EE.UU.: Science Editions, Inc. (ed. orig. 1959.)Radford-Ruether, Rosemary (1992). *Gaia & God: An Ecofeminist Theology of Earth Healing*. Nueva York, NY, EE.UU.: Harper San Francisco.
- Rahnema, Majid (2007). Eradicating Poverty or the Poor? En Kumar, Corinne, *Asking, we Walk*, vol. I, pp. 22-31. Bangalore, Madhya Pradesh, India: Streelekha Publications [Publication Unit of CIEDS Collective].
- Roszak, Theodore (1978), *Person/Planet*. Nueva York, NY, EE.UU.: Doubleday/Anchor.
- Roszak, Theodore (1992). *The Voice of the Earth*. New York, NY, EE.UU.: Touchstone.
- Sahlins, Marshall (1974). *Stone Age Economics*. Londres: Tavistock Publications.
- Satprem (1973). *Shri Aurobindo et l'avenir de la Terre / Shri Aurobindo and the Earth's Future*. Pondichery, India: Shri Aurobindo Ashram.
- Savater, Fernando (1985/1987). Pierre Clastres. En Clastres (1987).
- Schell, Jonathan (1981). *The Fate of the Earth*. Nueva York, NY, EE.UU.: Picador.

- Senent, Juan, Philippe Saint-Marc y otros (1973). *La contaminación*. Barcelona: Salvat, Biblioteca Salvat de Grandes Temas.
- Service, E. R. (1978). *Profiles in Ethnology*. Nueva York, NY, EE.UU.: Harpeter & Row.
- Shah, Idries (1964; español 1975). *Los sufíes*. Barcelona, Esp.: Luís de Caralt Editor, S. A.
- Siraj Ed-Din, Abu Bakr (1952/1970/1974). *The Book of Certainty. The Sufi Doctrines of Faith, Vision, and Gnosis*. Nueva York, NY, EE.UU.: Samuel Weiser.
- Tarthang Tulku (1977). *Time, Space and Knowledge: A New Vision of Reality*. Emeryville, CA, EE.UU.: Dharma Publishing.
- Taylor, Steve (2005). *The Fall: The Evidence for a Golden Age, 6,000 Years of Insanity, and the Dawning of a New Era*. Winchester, Reino Unido / Nueva York, NY, EE.UU.: The Bothy, John Hunt Publishing LTD., O Books.
- Tucci, Giuseppe (1980). *The religions of Tibet*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- van der Dennen, Johan M. G. (1995). *The Origin of War: The Evolution of a Male-Coalitional Reproductive Strategy*. Groningen, Holanda: Origin Press.
- Venkata Ramanan, K. (1966). *Nagarjuna's Philosophy*. Rutland, VT: Charles E. Tuttle, for the Harvard-Yenching Institute.
- Weisskopf, Walter (1971), *Alienation and Economics*. Nueva York, NY, EE.UU.: Dutton.
- Yapa, L. (1996). What Causes Poverty? A Postmodern View. En *Annals of the Association of American Geographers*. Citado en Rahnama, Majid (2007).
- Zolo, Danilo (1974). *La teoría comunista dell'estinzione dello stato*. Bari, Italia: De Donato.

¹ La identidad entre Shiva, Dionisos y Osiris y sus respectivas tradiciones ha sido sostenida con abundante evidencia en Daniélou (1987). Tucci ha proporcionado evidencia de la unidad entre el shivaísmo, el bön, el zurvanismo y el ismaelismo. El autor de esta ponencia (con mayor fuerza en las notas a 2007c) ha proporcionado evidencia de la unidad entre todas estas tradiciones y el taoísmo, el sufismo (sobre todo khajagan o naqshbandi), y las ha relacionado con tradiciones del Apocalipsis de Juan Evangelista.

² El término fue acuñado por Agostino (Guido) Steuco (1497-1548) para designar su pretendida reconciliación de la escolástica medieval con las doctrinas de los filósofos de la «Escuela de Padua». Luego Leibniz empleó el término en una carta a Nicolas Remond de 1714, en la cual indica la extracción de lo que hay de verdad en muchas filosofías a lo largo de la historia, como se extrae oro del barro o diamantes de una mina. Más adelante fue empleado por diversos filósofos, incluyendo varios neoclásicos (que lo emplearon en el sentido de “filosofía de la Escuela” o “filosofía de las Escuelas”, y varios otros que lo entendieron de maneras diferentes. En este caso, se lo está entendiendo en el sentido que le dio Aldous Huxley (1961), que lo usó para indicar las coincidencias entre los verdaderos místicos que vivenciaron más allá de los conceptos la naturaleza común a ellos mismos y a la totalidad del universo.

³ *Avidya* es la negación de *vidya* por el prefijo privativo indoeuropeo “a”. *Vidya* en el *abhidharma* budista significa “ciencia”, pero en la enseñanza dzogchén indica la aprehensión directa de la verdadera naturaleza del individuo y de la totalidad de la realidad más allá de toda interpretación en términos de pensamientos burdos o discursivos, sutiles o intuitivos, o del tipo que la enseñanza dzogchén llama “supersutiles” y que incluyen la dualidad sujeto-objeto. En el budismo en general, *avidya* no significa “ignorancia” en el sentido de carencia de conocimientos conceptuales positivos, sino que indica la no aprehensión de la verdadera naturaleza de todos los entes y, en el *mahayana* y otros vehículos superiores, una confusión con respecto al modo de existencia de estos últimos: en vez de percatarnos de que ellos son originaciones interdependientes se los toma por autoexistentes, substanciales. Ver Capriles (2004) para una discusión de los sentidos del término en varias escuelas de filosofía budista.

⁴ La conceptualización reificada implica siempre la ilusoria división de (1) el sujeto y el objeto, (2) el espacio, el tiempo y el conocimiento, y (3) el resto de aquello que se encuentra dividido en la percepción condicionada por el error. Así, pues, incluso en experiencias de unidad y totalidad en las cuales se manifiestan sutilmente la dualidad sujeto-objeto y la conceptualización reificada de lo percibido (e implícita y sutilmente del perceptor y de la percepción), hay una fragmentación. Aunque el sujeto se identifique con la totalidad que constituye el objeto, persiste la impresión subyacente (que es ocultada mediante una

doble negación) de una separación del sujeto con respecto al objeto —la cual, evidentemente, constituye una fragmentación—.

⁵ Hegel inventó la *Aufhebung* —una negación que incorporaba lo negado y que representaba mayor verdad y completud que lo que ella negaba— para justificar su concepción de un constante progreso del espíritu. Este tipo de negación no se parece a nada que podamos observar en nuestra experiencia. En mis sucesivas críticas de Hegel (Capriles, 1992, 1994, y la versión más resumida pero más precisa, que es Capriles, 2007c, vol. III) reconozco dos tipos de negación: la lógica, que anula lo negado, y la fenomenológica, que lo incorpora, pero que representa mayor engaño —de la cual son ejemplos la “mala fe” de Sartre (1980) y la “elusión” de Laing (1961).

⁶ *Avidya* es la negación de *vidya* por el prefijo privativo indoeuropeo “a”. *Vidya* en el *abhidharma* budista significa “ciencia”, pero en la enseñanza dzogchén indica la aprehensión directa de la verdadera naturaleza del individuo y de la totalidad de la realidad más allá de toda interpretación en términos de pensamientos burdos o discursivos, sutiles o intuitivos, o del tipo que la enseñanza dzogchén llama “supersutiles” y que incluyen la dualidad sujeto-objeto. En el budismo en general, *avidya* no significa “ignorancia” en el sentido de carencia de conocimientos conceptuales positivos, sino que indica la no aprehensión de la verdadera naturaleza de todos los entes y, en el *mahayana* y otros vehículos superiores, una confusión con respecto al modo de existencia de estos últimos: en vez de percatarnos de que ellos son originaciones interdependientes se los toma por autoexistentes, substanciales. Ver Capriles (2004) para una discusión de los sentidos del término en varias escuelas de filosofía budista.

⁷ Las frases en los tres primeros paréntesis fueron agregadas por mí en terminología sáfica a fin de aclarar el sentido del texto. Luego, el segundo paréntesis en el tercer párrafo (cuarto en total) corresponde a lo que en el libro de Siraj Ed-Din era la nota al pie en la p. 41, mientras que el último párrafo de la cita corresponde a lo que en dicho libro era el segundo párrafo de la nota al pie en la p. 43.

Debo advertir que, aunque utilizo y suscribo esta cita de Lings, la visión histórico-política que este autor presenta en las obras que firma con su nombre inglés (al igual que las que han presentado sus maestros y correligionarios del fascismo-nazismo “del espíritu” del Movimiento Tradicionalista) es *contraria* a la que aquí avanzo.

⁸ En el Islam, el que ha de venir es el *Mahdí* o *Mehedí*, quien —como el Guesar de Ling de las leyendas tibetanas y como el Kalki de las leyendas hinduistas— implantará una verdadera justicia social.

⁹ El fragmento de Heráclito DK 2 lee:

«Aunque el *Lógos* (único) es común (a todos los seres humanos),

la mayoría (de nosotros) vive como si tuviera una inteligencia, un entendimiento o un alma particular.»

¹⁰ Según el *Hadiqah* de Sana’i, al igual que en el *sutra* original, los hombres eran ciegos, mientras que en el *Mathnavi* de Rumi (escrito siglos después del *Hadiqah*) no tenían problemas de visión, sino que se encontraban en la oscuridad. El quinto hombre —el que confundió la cola con una serpiente— no aparece en las versiones sufíes de la historia: fui yo quien la incorporó aquí.

¹¹ Desafortunadamente, no recuerdo en cuáles de sus libros usó Alan Watts este ejemplo.

¹² McTaggart creyó que esta tesis no es compatible con la tesis hegeliana de que las descripciones y lo que ellas describen son indistinguibles y son ambas autocontradictorias. Ahora bien, dada la forma como Hegel definió “contradicción” en este contexto, el problema no parece existir. En Capriles (1994, 2007c vol. III) por una parte he explicado cómo entender esta tesis en términos de mi propia filosofía, y por la otra he hecho patentes los errores de la visión hegeliana, que fomenta todo lo que habría que superar si la vida en el planeta ha de seguir existiendo y la humanidad ha de recuperar la armonía.

¹³ Mi teoría sistémica de la evolución y la historia humanas (Capriles, 1986, 1992, 1994, 2007a, 2007b, 2007c vol. III), es una aplicación filogenética de la interpretación que hace Bateson de procesos psicológicos tales como las psicosis y el alcoholismo en *The Cybernetics of Alcoholism* (en Bateson, 1972). Lo mismo se aplica a mi crítica de Hegel en las obras señaladas en esta nota.

¹⁴ Según dicha visión, desarrollada sobre todo por Engels, las superestructuras culturales (ideologías) eran hasta un cierto punto determinadas por la infraestructura económica. No obstante, el mismo Engels reconoce que no puede admitirse la explicación causal directa, pues la superestructura cultural influye a su vez sobre la estructura y no puede ser descartada fácilmente en una interpretación rigurosa del curso de la historia humana.

¹⁵ Literalmente, «sin poder», este término es sinónimo de «anarquista», que significa «sin gobierno» (o «sin principio»). El pensamiento ácrata afirma que la sociedad puede funcionar y organizarse perfectamente sin necesidad de jefes o gobernantes.

-
- ¹⁶ Refiero al lector a las obras de Pierre Clastres en la bibliografía (a las que me introdujo el profesor Angel J. Cappelletti) y al libro de Marshall Sahlins mencionado allí mismo.
- ¹⁷ Como lo muestro en Capriles (1994), ésta es la visión de las tradiciones de la “filosofía perenne”, así como de pensadores de fines del siglo XX tales como Iván Illich (1972, 1977) y Walter Weisskopf (1971) —a los cuales cabría agregar a L. Yapa (1996), M. Mollat (1978), M. Rahnema (2007), etc.
- ¹⁸ Hay mucha evidencia de esto entre los autores citados con respecto a la ausencia de represión hacia los niños, pero además entre muchos otros autores. Lawlor (1991) nos la ofrece con respecto a los aborígenes australianos. Y si bien un antropólogo australiano trató de demostrar que Margaret Mead había falseado los hechos al describir a Samoa como un paraíso de la libertad sexual en su *Coming of Age in Samoa*, las observaciones de este último tuvieron lugar cuando la afluencia de extranjeros había modificado totalmente las actitudes de los nativos en distintos campos (un cambio que yo pude observar en otros respectos entre los refugiados tibetanos en Nepal: cuando llegué a ese país en 1973 todos los tibetanos con quienes me cruzaba me saludaban con signos tradicionales de respeto mientras sonreían y me dispensaban las miradas más luminosas que recuerdo; pocos años después esto ya no sucedía, y en cambio ya había un cierto número de jóvenes tibetanos adictos a la heroína que trataban de robarle a uno sus posesiones.
- Uno de los ejemplos más notables de libertad sexual y ausencia de represión hacia los niños es los dormitorios de niños entre los Trobriandeses y los Muria, en los cuales estaba prohibida la entrada de los adultos y en los cuales los niños podían escoger distintas parejas para relaciones sexuales sin interferencia paterna (Taylor, 2005, p. 193); lo más interesante de esto es que los anticonceptivos naturales que usaban los Muria eran tan efectivos que mucho menos de 2% de las niñas habían salido en estado a los 16 años, después de pasar un buen número de años en dichos dormitorios (Elwin, 1968). Esto sugiere que las transformaciones negativas de nuestra especie a lo largo de su desarrollo filogenético no se debieron a la presión demográfica; esta última es el resultado del abandono de los anticonceptivos naturales por influencia de las religiones de los pueblos que DeMeo llama “saharasiáticos”?
- ¹⁹ Esto fue ya reconocido por Karl R. Popper (1961), el «crítico del círculo de Viena» que estuvo en tan estrecho contacto con los neopositivistas, quien propuso que de nuestros postulados extraigamos todas las consecuencias que nos sea posible extraer y, entonces, las confrontemos con la experiencia. En caso de que en ningún caso la contradiga, ello no habría confirmado el postulado como una verdad universal incuestionable, ya que no sería posible confrontar *todas* las consecuencias de nuestro postulado con *todos* los casos posibles (en cuyo caso para Popper los científicos tendrán derecho a aceptarlo *provisionalmente* como *verdad probable*, lo cual, sin embargo, actualmente muchos “postmodernos” no aceptarían). Ahora bien, en caso de que alguna consecuencia sea contradicha por alguno de los casos, el postulado habrá sido refutado de manera incuestionable. (Popper rechazó el esencialismo de la filosofía racionalista de la ciencia, que supone que el objeto de la investigación es un conocimiento completo y final de la esencia de las cosas, señalando que ninguna teoría científica puede ser substanciada completamente y que la aceptación de una nueva teoría da lugar a tantos problemas como los que resuelve—lo cual nos conduce a las investigaciones de Thomas Kuhn y, más allá de éstas, a las teorías de Paul. K. Feyerabend—. Para una discusión de todo esto, cfr. Capriles, 1994, 2007a, 2007c vol. III.)
- ²⁰ No estoy diciendo que la totalidad de las ideas de Bachofen con respecto a los pueblos precivilizados esté errada, a pesar de que habría que matizar el concepto de “matriarcado”. Lo que niego es que sus ideas se apliquen a los germanos no civilizados, ya que fueron los kurganes quienes introdujeron un extremo androcentrismo en Eurasia (mientras que el patriarcado como tal habría sido introducido por los semitas).
- ²¹ Por ejemplo, por su tecnología los yanomami del Amazonas están en el Paleolítico, pero parece ser que antes de que sus tierras fueran penetradas por los hombres blancos sus comunidades ya guerreaban entre sí (por lo menos ya habían guerras en América entre distintas etnias), su religión era chamánica y no metachamánica, y en general habían degenerado radicalmente con respecto a los humanos de la época en la que la totalidad de la humanidad se encontraba en el paleolítico. Aunque no tenemos reportes de sus costumbres antes del acoso “blanco,” según reportes de la década de los 1970 ya exhibían crueldad hacia los animales y muchos otros vicios. Cfr. Lizot (1992).
- ²² DeMeo es un dudoso experimentador de tecnología orgónica que ha sido difamado por sus detractores (cfr. Correa, Paulo & Correa, Alexandra, 2002). Sin embargo, esto no le resta validez a las observaciones que ha basado en copiosa evidencia “científica”.
- ²³ Ésta es la interpretación correcta del término *aion*, que es la que comparten J. Bernays (1885, *Gesammelte Abhandlungen*, Berlín: H. Usener, Ed. I, p. 56 *et seq.*), H. Diels (1909, *Herakleitos von Ephesos*; Berlín /

1909, Heraclitus, en Hastings, *Encyclopædia of Religion and Ethics*, VI, pp. 591-594. 4th Ed. 1922, *Die Fragmente der Vorsokratiker*; Berlín [también en ediciones subsiguientes por W. Kranz]), J. Burnet (1892, *Early Greek Philosophy*. 1901, Reseña de *Herakleitos* de Diels, en *Classical Review* 15, pp. 423b-424a), H. Herter (1961, Das Leben ein Kinderspiel, en *Bonner Jahrbücher* 161, p. 81 et seq.), K. Deichgräber (1963, *Rhythmische Elemente im Logos des Heraclit*; Wiesbaden), W. K. C. Guthrie (1962, *A History of Greek Philosophy*, p. 478 n. 2; Cambridge). Por el contrario, según W. Kranz, H. Fränkel, E. Degani, C. J. Classen y M. Marcovich el término *aion* se refiere a la vida humana, mientras que otros lo han interpretado como refiriéndose a la experiencia del tiempo en general. Cfr. Marcovich (1967), pp. 493-494.

²⁴ Remito al lector a mi ponencia sobre chamanismo y metachamanismo (Capriles, 1991).

²⁵ Para el pensamiento ácrata el comunismo en el cual desaparecen el gobierno externo y la rígida retribución económica del trabajo no podrá resultar del socialismo marxista. Incluso si una «dictadura del proletariado» pudiese realizar el principio económico del socialismo —cosa que el pensamiento en cuestión no acepta— el sistema que ella establecería tendería a transformarse en un obstáculo para la transición al estadio cuyo advenimiento ella debería preparar.

Cabe señalar también que la doctrina marxista de la extinción del Estado no fue elaborada por Marx, cuyas obras aluden al problema sólo de manera vaga y no utilizan el término «extinción» ni ninguno de sus equivalentes. La doctrina de la «extinción del Estado», formulada como tal, es elaborada por Engels y retomada por Lenin. Ver Guastini, Riccardo, 1984, y Zolo, Danilo, 1974.

²⁶ Esta es la visión propia del pensamiento ácrata, según la cual primero surge el Estado y luego éste engendra la propiedad privada y las diferencias de clase (y que ha sido sustentada utilizando investigaciones antropológicas realizadas en Polinesia). La visión marxista es más bien contraria: es de la propiedad —fuente de las divisiones de clase— que surge el Estado, que tiene la función de protegerla. Según una tercera visión, que parecería corresponder a la concepción general de la originación propia de una de las escuelas budistas del mahayana, los tres elementos en cuestión surgirían por cooriginación interdependiente y no se podría atribuir primacía cronológica u ontológica a ninguno de ellos. En el fondo, no me parece tan importante sostener una de estas tres visiones en particular. Lo importante es que estemos conscientes de que sería imposible poner fin a uno de los tres elementos mencionados sin poner fin a los otros dos.

²⁷ Muchos piensan que en los países marxistas «fracasó» la agricultura comunitaria y que, en consecuencia, en ellos será necesario estimular la producción por medio de incentivos económicos al estilo capitalista. La verdad es que lo que fracasó fue la sociedad industrial que sólo aspira a aumentar los PNB y que dedica tan solo una pequeña parte de su población al trabajo agrícola y pone a la mayoría de sus miembros a producir bienes y servicios antiecológicos e/o inútiles, así como los métodos actuales de producción de alimentos, incluyendo la «quimioterapia» agrícola, los monocultivos industriales y la transformación de enormes cantidades de proteína vegetal en pequeñas cantidades de proteína animal para el consumo de los poderosos.

Por otra parte, la futura agricultura comunitaria será radicalmente diferente de la que impusieron los gobiernos marxistas: aquélla no será planificada desde afuera y utilizada como medio para sostener actividades antiecológicas, ni será impuesta por un Estado represivo, sino que será adoptada voluntariamente por los productores y estará destinada a la satisfacción de las necesidades naturales de los pueblos.